ARQUITECTURA CHURRIGUERESCA.

Bajo este nombre es conocido en nuestra España aquel desgraciado periodo de la historia del arte en que abandonado el buen gusto y las reglas eternas de la razon, cedieron su puesto á un estravío fantástico y delirante que no reconocia mas límites que los que puede alcanzar el capricho de imaginaciones débiles ó enfermas; periodo que con mas ó menos estension tuvieron que sufrir hácia fines del siglo XVII todas las naciones de Europa, y que dominó principalmente en Italia, autorizado por el desgraciadamente célebre arquitecto *Francisco Borronini*. El ejemplo de este y las lecciones adquiridas en su escuela por D. Sebastian de Herrera Barnuevo y D. José Jimenez Donoso, determinaron á estos á importar en nuestra España aquella manera tortuosa y aquel flujo de ornatos tan distantes de la simplicidad, que es la base de la belleza. De aquí nació la delirante secta *Borroninesca* que difundida inmediatamente en España, logró aun mayor séquito que en el pais donde tuvo su orígen.

"En esta edad de corrupcion (dice Jovellanos), abandonados otra vez los principios del arte de edificar, volvió á adoptar el capricho de los arquitectos todas las estravagancias que habia inventado el de los escultores y pintores. Aquellos convertidos en tallistas para servir en los templos á una supersticion tan vana y tan ignorante como ellos, alteraron todos los módulos, trastrocaron todos los miembros, desfiguraron todos los tipos del ornato arquitectórico, y produgeron una muchedumbre de nuevas formas si muy distantes de la sencillez y magestad de las antiguas, mucho mas todavia de la decencia y del buen gusto..... Viendo aplaudir desde la corte hasta la mas humilde aldea, los monstruos que engendraba el mal gusto y que abortaba la ignorancia, ¿quién podia separarlos de una senda que conducia tan seguramente á la riqueza y al aplauso? Cedieron por fin al ejemplo, y trasladaron á los pórticos, frontispicios y fachadas las estravagancias de los retablos y escenas. Desde entonces los templos, las casas, las fuentes, los edificios públicos y privados, todo se cubrió de torpes garambainas y groseros *follages*, *monumentos ridículos* que testifican todavia la barbárie de quien los hacia y el mal gusto de quien los pagaba."

Obra de Herrera Barnuevo fue la continuacion de la capilla en que estuvo el cuerpo de San Isidro en la parroquia de San Andres de esta corte, la cual aunque dirigida por el mal gusto ya citado, reune circunstancias que merece que nos ocupemos de ella en otro artículo. Donoso que dirigió el claustro del colegio de Santo Tomas, la fachada de la panadería desde el piso del cuarto principal, la portada de los pies de la iglesia de Santa Cruz, la de San Luis y otras varias, contribuyó aun mas al estendimiento de aquella escuela, que adoptada por fin con furor por todos los arquitectos del reino, y singularmente por los famosos geringonzistas salmanticenses, llegó á tan alto grado de depravacion en los principios del siglo XVIII, que parecia ya imposible pasar adelante en el desarreglo y licencias de la fantasía. Lo peor fue que

á los nuevos heresiarcas vinieron á las manos obras que para rubor nuestro se hacen notables unas por su magnitud, otras por su situacion, y otras por la riqueza de sus materiales. "Figúrese (dice el señor Llaguno), un muchacho que dobla un papel, le recorta con mil vueltas, le estiende y halla una cosa al parecer bonita, porque el un lado corresponde al otro, pues esta es la arquitectura de los que al fin del siglo XVII tenian fama, y entrado el XVIII eran la admiracion de todos."

Descollaba entre ellos el célebre *D. José de Churriguera*, natural de Salamanca, y muy celebrado allí de sus paisanos y de los doctores y catedráticos de aquella universidad, donde reinaba la máxima de que el ingenio tanto mas se perfecciona, cuanto mas se sutiliza en paralogismos, conceptos, equívocos, retruécanos y juego de palabras. Vino á Madrid y fue nombrado ayudante de trazador mayor, llamando desde luego la atencion por el famoso túmulo que erigió en la iglesia de la Encarnacion para las exequias de la reina Doña María Luisa de Borbon, primera mujer de Carlos II, cuya estampa puede verse en el libro titulado *Noticias historiales de la enfermedad, muerte y exequias* de la referida reina, por Don Juan de Vera Tasis; y da á conocer la extravagancia fundamental de Churriguera.

Acreditado sin embargo con esta traza, le encargaron obras de mayor consideracion. Construyó la portada (1) de la iglesia de San Sebastian de Madrid, y la casa que ahora ocupa la Real academia de San Fernando, antes aduana y estanco de tabaco, con la horrenda portada que se picó para poner la noble y sencilla que ahora tiene. Empezó la iglesia de San Cayetano y siguió desde el basamento hasta los arranques de los arcos, la capilla mayor de la de Santo Tomas. Falleció el año de 1725 y dejó dos hijos, D. Gerónimo y D. Nicolas, herederos y propagadores de la doctrina y gusto del padre; y sin duda á esta prolongacion de su existencia artística, ha debido el singular honor de imprimir su apellido á la dicha escuela; aunque si hubiera de concederse al último grado de la estravagancia y á la multitud é importancia de las obras construidas bajo estos principios, ninguno podria disputar tal preferencia á *D. Pedro Ribera*, maestro mayor de Madrid, y autor de las portadas del Hospicio, cuartel de Guardias de Corps, Seminario de Nobles, teatro de la Cruz, fuentes de Anton Martin, Puerta del Sol, calle de San Juan, antigua de la Red de San Luis y otras muchas obras en que supo sobrepujar en extravagancia al mismo Churriguera.

Estas fueron las últimas boqueadas de aquel espirante estilo, que pudo decirse que concluyó con Ribera. La venida á Madrid de los arquitectos Jubarra, Sachetti y otros que acreditaron su buen gusto con la obra del Palacio Real y otras muchas importantes, dió principio á la restauracion del arte, y desarrolló los eminentes genios de *D. Ventura Rodriguez*, *D. Juan de Villanueva*, *D. Francisco Sabatini* y otros muchos que hasta nuestros dias han procurado seguir la acertada senda de la razon y del buen gusto, apartándose de los extravíos que quedan indicados.

Sin embargo, como documentos históricos del arte, somos de opinion de que deben conservarse en pie las obras de aquellos corruptores, que aun han resistido al transcurso del tiempo y á la restauracion del arte, á fin de que los jóvenes teniéndolas á la vista, aprendan á evitar aquellos errores, viendo prácticamente á donde conduce el delirio de la imaginacion cuando no va dirigida por el estudio y por la filosofía; y esta razon tambien nos ha guiado á escribir el presente artículo, acompañándole con las vistas de las dos obras mas estravagantes en este género; *la portada del Hospicio*, y *la fuente de la plazuela de Anton Martin*.

(1) Esta portada fue destruida hace algunos años como un oprobio del arte, pero por desgracia se la sustituyó por otra que acaso no el ya en zaga.

UN ROMANTICO MAS....

I.

Adelante, señor D. Mateo.

—Ola, vecino, ¿qué novedad tenemos?.... y la mujer?.... y el angelito?....

—Mi Calisto, mírele V. por donde asoma, tan fresco y tan gordo: y la Plácida está á la compra, pero no tiene novedad para servir á V. Quien está malo es un huesped que nos ha llegado ayer tarde, y por cierto que se halla á estas fechas roncando, y no quiero dispertarle, porque es la primera vez que ronca en mi casa: pero si su merced no tiene grandes quehaceres, puede sentarse en esta silla, y le contaré cosas que le darán gusto, quedando por ellas al corriente de la enfermedad que padece mi cuñado.

—Bien, hombre; ya me siento, que todavia no es hora de hacer visitas.

—Las cosas con orden.—Yo, señor D. Mateo, nací en un pueblo cerca de Alcalá, y otra hermana y yo quedamos hace bastantes años sin padre, sin madre, y apenas con mas haberes que la ropa que nos cubria. Yo vine á Madrid, y al cabo de mil trabajos y algunos años, hace dos que me honró la Villa con la plaza de policía urbana que V. sabe: caséme, y vivo con mi mujer y mi pimpollo en este cacho de buhardilla, como Dios es servido ayudarme. Mi hermana entró á servir en el mismo pueblo á un mayorazgo, que tenia un solo hijo; y este, muerto su padre, se enamoricó de mi hermana, que es ancha, redonda y bajeta, ni mas ni menos que como V. me ve á mí. Casáronse y súpelo yo con no poco contento, porque el tal mayorazgo es hombre hacendado: tiene prados, tierras, casas y hasta viñas; su trabajo no es otro que comer, beber, pasear y dormir: y en fin no hay mas que decir, sino que todos en el pueblo le llaman *D. Pánfilo*; y el *don* no le conceden mas que á él y al cura. Sabe ademas escribir, y es sobre todo un gran leedor. Desde que se casó no ha cesado de decirme por cuantos vienen del pueblo, que le compre libros, los cuales me ha vendido hasta ahora ese librero de la esquina, que dice los tiene muy buenos para leer, y se los he enviado á mi cuñado; moneda corriente por supuesto y ademas un tanto por tanto de gratificacion, aunque esto lo he quedado á su voluntad. No ha muchos dias que pasando por el puesto del librero, le pregunté si tenia buenos libros; y respondióme que tenia de los mas famosos y excelentes libros que se habian hecho en todo el mundo; y diciendo y haciendo me enseñó una banasta mas que regular llena de ellos. Yo, Señor mio, maldito amen si entiendo una jota ni de libros, ni de escribir, ni de leer, ni de nada; pero lo que puedo asegurar en honor de la verdad y de los tales libros es, que tenian muy buena cara: su forro era de papel amarillo, limpio y pintorreteado por las orillas: todos iguales y tan nuevos nuevos, que parecian acababan de nacer en aquel momento. Dige al librero, que si los vendia por libras le compraria un par de ellas; pero me contestó, que no los daba sino por docenas, y que uno por uno valian á seis cuartos. Jamás me pareció haber visto cosa mas barata. Tomé media docena de los mas gordos, y contentísimo con tan ventajosa compra, los envié á mi hermano enteritos sin faltarles ni un dedo de papel, esperando recibir un triple de gratificacion por su baratura; pero en vez de esto me manda á decir muy enfadada mi hermana, que sin falta ninguna me ponga en camino pa-

ra el pueblo, porque su Pánfilo andaba malo, y segun la opinion de las gentes, yo le habia metido los diablos en los libros amarillos. Juro, señor cirujano, á fe de Tadeo Melamas, que no ví en los tales libros el mas pequeño diablo ni señal alguna. Pero como ha de ser!..... *la culpa del amo échase á la albarda*, arde verde por seco y pagan justos por pecadores. Lo cierto es, que me vi precisado á pedir licencia á mi gefe, el cual, sin que por ello me descontára ni un maravedí de mis ganancias, me la concedió para tres dias.

II.

Siguió contando el señor Tadeo Melamas, que mediante la licencia de su gefe al otro dia de concedida se plantó de una tirada en su pueblo; y muy lejos de ser recibido y acatado cual debia esperarse, despues de cinco años que no veia á su hermana, esta le saludó con tales motes y en ademan tan irregular, que el desconsolado viagero estuvo para dar media vuelta y doblar su camino: pero se detuvo, y disculpado de los injustos pecados que le achacaban, hizo que su hermana hablase en razon. Despues de varias preguntas y contestaciones que no nos importan, vinieron al asunto principal; y la triste lugareña empezó por contar punto por punto las varias escenas á que habian dado lugar los libros amarillos. Y dijo que al otro dia de recibidos, comenzó D. Pánfilo su lectura que no le fue interrumpida hasta las doce del dia, hora en que el maestro soltaba sus discípulos; y tan embelesado estaba el tal D. Pánfilo en su leyenda, que no hizo reparo en que un hijo suyo entraba á besarle la mano como lo tenia de costumbre: el desconocido padre levantó de repente la diestra, que le habia tomado su hijo para besársela, y clavó todas sus uñas en la cabeza del muchacho, que extrañando tan inmoderados cariños, se vió en el aprieto de dar tan fuertes gritos como lo permitia su garganta; á los cuales acudió compasiva su madre, pero ya en tiempo que no la necesitaba: es de saber que el extasiado leyente no apartaba al hacer todo esto la vista de su libro. La mujer le vió de tan espantable catadura, que llena de miedo se salió con su hijo del cuarto, el cual cerró como por máquina D. Pánfilo con buena llave, y prosiguió su lectura.

Llega la hora de comer, y el Periquillo (asi se llamaba el hijo), fue por orden de su madre á decir á Don Pánfilo que estaba sazonada la comida, y que era ya hora de sentarse á la mesa: pero el chico se desgañitó llamando á su padre, sin que este se dignase contestarle. Paseábase ya con mas velocidad, ya con mas lentitud, daba tremendas patadas, se paraba, levantaba el brazo en ademan amenazador, y doblaba la rodilla como suplicando; volvia los ojos, arqueaba las cejas, se sonreia etc. Todo al parecer, segun los movimientos interiores á que daba lugar la leyenda: tambien apretaba los dientes y se le oyeron tres ó cuatro espantosos mugidos. Ni porque la mujer le llamase Pánfilo mio, Pánfilo de mi alma, ni porque su niña llorase, ni porque el hijo tocase seguidillas con los platos y las cucharas.... nada!.... de modo que toda la familia se sentó á comer en la persuasion de que el amo de la casa estaba enteramente loco ó endiablado. Acabada la comida fue Periquillo á asomarse al agugero de la cerradura de la puerta, encontrando á su padre en el mismo estado; y como fuese algo ducho en artimañas muchachiles, parecióle haber encontrado un medio seguro de tornar á su padre de aquel letargo. Tomó una delgada y larga vara, que halló á mano, metida por el agugero de la cerradura, hizo su puntería, y tuvo tan acertado tino, que si arroja la vara con un poco mas de fuerza, de cierto queda tuerto á su padre, pero ¡cuán aletargado estaba el buen señor!.... resobó un poco su ojo.... y adelante. Su mujer afligida y desesperada de no encontrar remedio, fue á contar todo el caso al señor cura.

Era el señor cura íntimo amigo del D. Pánfilo, de aquellos amigos que llaman con razon *de taza de vino*. Su cuerpo, de tres pies ymedio de altura, línea mas ó menos, parecia embutido en un aceitoso lebiton, con apuntes de sotana, de color indefinible, y tan largo, que apenas daba lugar á dos burdas zapatillas que cubrian sus abultados pies, principio de dos piernas arqueadas en que cargaba su enorme y redondo vientre: asomaban por encima del cuello del referido lebita dos rellenos y encarnados carrillos, en que se zambullian su nariz arremangada y sus ojos alegrones; un alzacuello regado de babas y de vino, y un súcio sombreron maragato por derecha y de teja por izquierda, completaba el ropage de aquella pigmea figura. Por lo demas, un santo varon: iba todas ó casi todas las tardes á pasar un rato con el tal amigo; era muy de broma y un tantico picado de gracioso, y con sus chanzonetas y repletas jarras de buen manchego ibase el tiempo, quedando los dos casi siempre achispados, y algunas veces hasta se amodorraban.

Llegó aquella tarde el señor cura un poco antes, y ya desde la calle empezó á dar voces á D. Pánfilo, las cuales tal impresion le hicieron, que se asomó corriendo á la ventana, y tan pronto como vió al cura, abre la puerta, toma un palo, baja corriendo la escalera, y sin mas ceremonia sacude tales garrotazos al inapercibido sacerdote, que dió con él en el suelo: y quiso su buena suerte, que el palo se hizo añicos á pocos golpes, que de otra manera á dos mas y dos dedos mas arriba, segun dicen, no volviera á regar sus barbas con el licor de Baco. Algunas caritativas y honradas gentes, que por ventura vieron el suceso, acudieron á librar á su párroco de un tal aprieto; y á poco rato todo el pueblo estaba apilado en el lugar de la escena. El maestro de escuela con toda su turba de chiquillos rodeó al cura, á quien otras gentes de cristiano celo habian ya levantado, y en procesion y casi en volandas le metieron devotamente en su casa, donde mediante las prontas y oportunas asistencias de su ama, se halló en breve en estado de pensar en el desgraciado acontecimiento.

El alcalde y otras personas de cuenta prendieron á D. Pánfilo, que recobró algun tanto su estado natural cuando advirtió que derechito le metian en la cárcel; por mas que su mujer decia y gritaba que tenia perdido el juicio. Con todo, ella anduvo tan solícita de la casa del cura á la del alcalde, que pudo conseguir que en aquella misma noche saliese su marido de la cárcel, y mediante no sé que promesas quedaron tan amistados como siempre. No por eso se levantó al otro dia nuestro D. Pánfilo con menos ganas de leer; y en él y los siguientes se repitieron parecidas escenas; hasta que la mujer pensó mandarle á Madrid, porque allí ni las bendiciones del cura, ni la habilidad de todos los facultativos de la comarca eran poderosos á curarle.

III.

Pues como digo de mi cuento, señor D. Mateo, empeñóse mi hermana en que habia de traerme á su marido, porque el cirujano del pueblo dice que él no entiende de dislocacion de juicios, y el boticario de Alcalá que entre los muchísimos purgantes que conocia antiguos y modernos, habíalos tales que por su virtud bastarian á hacer vomitar todo lo que no fuese diablos. Convinó mi cuñado de muy buena voluntad en la venida á Madrid, porque tenia muchos deseos de ver la corte. Ayer llegamos sobre un mulo suyo muy bueno, sin novedad particular en todo el camino. Entramos en Madrid, y mi cuñado parecia embelesado en tales y tantas cosas como se ven; hasta que llegamos al puesto del maldito librero, que al verme empezó á gritar: "eh, eh, caballerito ¿me compra una docenita de libros? mire, mírelos que nuevos y que lindos!.... baratos libros, baratos."—Oir mi cuñado pregonar libros, libros, y tirarse del macho á

bajo sin decir allá va, todo fue en un tris, y cuando yo acordé ya volvia él con un atado de papeluchos que metió en las alforjas. —Yo me acosté antes de anochecer para dispertar á la hora de mi obligacion, y mi cuñado, segun he sabido despues, se entretuvo en ojear los papeles que habia comprado. Levantéme á mi hora, y despues de avisar á V., marché á incorporarme con mis compañeros para comenzar nuestro trabajo. A las once punto menos salimos anoche, y estos dias da la casualidad de tocarnos por estas calles, como V. tal vez habrá notado.

—Si por cierto; antes de anoche tocó aqui en casa, y ue tanto el hedor, que temí haber hecho la última cura.

—Pues oiga: esta mañana, como á las tres, estando trabajando en la calle del frente, un hombre que vimos en la esquina arremete furioso hácia nosotros: este hombre era mi cuñado, y tan de veras arremetió, que estubo en bien poco el que dos ó tres cayesen de cabeza en el pozo. Uno de mis compañeros le dió cuatro bien sentados lapos con la soga del cubo, y si yo que conocí al arremetedor no me interpongo, le hubieran puesto á sogazos como un nazareno; bien es que no debieron saberle muy bien los cuatro que recibió, puesto que le hicieron sentarse: por último, entre otro y yo le metimos en casa, y despues en la cama, en donde se halla durmiendo y roncando.

IV.

Habiendo concluido el ilustre trabajador de policía nocturna su relacion, se encaminó con el cirujano al cuarto del enfermo, á quien hallaron durmiendo profundamente, y soñando en tales voces, que pudieron escuchar claramente lo que sigue.

"Al tiempo que el sueño protegido del silencio discurria en pacífico dominio la mitad de la tierra, impelido yo de aquella laudable curiosidad que hace nacer en el filósofo el espectáculo de la naturaleza, cuya contemplacion prefiere á las dulzuras que mas embriagan el resto de los humanos, abandoné mi lecho; y orgulloso de vivir mientras el mundo muere....." —No me acordaba decir á V., señor D. Mateo, dijo á este tiempo el de policía, que, segun me aseguró mi hermana, todas las noches se levantaba á la mejor hora de dormir este mi cuñado, y se marchaba á correr por el campo. —Esto hizo que se perdiesen algunas palabras en que prosiguió el delirante; pero el cirujano impuso silencio al interruptor, y volvieron á escuchar.

"....una mirada en derredor.... desmoronados castillos, designales torreones, cuyas alturas parecen nivelar con las estrellas..... Un ceniciento monton de gruesas y espantosas nubes arrastran el suelo, barriendo la menguada claridad de los nocturnos astros: toda la luz de las mas brillantes estrellas se ahoga en su espesura. Eolo escondido yace tambien en el sueño, ó parece gozarse en la noche mas tenebrosa.... ¡romántica noche!!!..... Todo es ya calma, todo es obscuridad, todo silencio!..... El planeta de los hijos de Adan parece descansar para siempre..... en una tumba!!! —Un imperceptible relámpago no muy lejano burla la densidad de las tinieblas: me acerco, y á la luz bastante notable ya, veo levantarse un bulto..... parece un hombron arrebujado en un largo gaban; su enorme cabeza se esconde en un ancho capuz, que le cae sobre los hombros. Recostado en el esquinazo del paredon de un castillo, descansa á la vez en un tremendo lanzon, de cuyo reluciente acero pendia la benéfica linterna, protectora de mi curiosidad: parece una estátua colosal!.....

—Que...! sería el sereno.

—Calle, vecino, que le va á dispertar.

"Una ruidosa campana rompe el silencio; cuatro veces sonó: otra aun mas triste le contesta con tres. El arropado arrimon endereza su cuerpo, levanta el capuz, y vomita un estupendo gargajo.... —Una voz ronca, áspera, espantosa, prolongada por algunos minutos, atruena mis inapercibidas orejas, no dejándome entender lo que pronunciára. Otras mil voces repetidas en diferentes direcciones y á diversas distancias, parecen contestar al gigante planton, que vuelve á tomar su primitiva postura.—Yo me turbo!.... ¿qué será esto, cielos!.... alguna horrenda conspiracion!.... casi al mismo tiempo escuchó un ruido estrepitoso y continuó, cual si arrastrasen infernales cadenas.... ¡qué horror!!! la tierra entera se estremece, y los gigantescos torreones chocando unos con otros se estrellan y desgajan á la fuerza del temblor!.... —El espanto se apodera de mi.... se herizan mis cabellos, se doblan mis piernas, vacila mi cabeza, y me precisa á caer contra un paredon.... un sudor frio y casi mortal baña todo mi cuerpo. Cesa el estruendo, y en el mismo punto un ronco y confuso murmullo le sucede. Diviso por medio de una luz un grupo de desiguales bultos.... ¡Qué asombro!!! uno de aquellos bultos se sume en la tierra, veloz y con la misma facilidad que la mas delgada aguja cala por el mas ancho agujero de una criba. Un fétido infernal hedor hiere mis narices, haciéndome conocer que ya sopla algun viento. —La luna asoma la deseada luz, desaparecen las nubes, y distingo los obgetos que me rodean. Veo un ancho y súcio carreton, al que estaba uncido un disforme bruto; y detras de él se mueven unos pocos hombres de malísima traza. Sigue entre ellos el murmullo, y un hediondo cubo, que por intervalos entra y sale en la tierra, es descargado en el carreton. Bien pronto me persuadí que era una tropa de malvados, y sin hacer reparo en el número, los acometí con impetuosa y noble resolucion.

—Ah, ah, ah, ¡qué disparates! —y tal fue la carcajada que se escapó al digno pocero, que á su ruido dispertó el delirante D. Pánfilo.

M. R. de Q.

EL HECHIZO.

Estaba aun en vigor en casi toda Europa en el siglo XII esta tan absurda como criminal supersticion de que se encuentran vestigios en los siglos paganos. Cuando se queria uno deshacer de su enemigo sin arriesgarse se *le hechizaba*, lo cual solia verificarse del modo siguiente: se formaba una figura de cera ó de barro procurando que se pareciese en lo posible á la persona á quien se deseaba matar, y se bautizaba á aquella figura llamada *voto*, *deseo* con todas las ceremonias que prescribe la Iglesia con el nombre del enemigo hechizado; se le vestia con otros vestidos iguales á los que aquel usaba, y nada se omitia para la mas perfecta conformidad. Satisfechas estas formalidades, pronunciaban los astrólogos sobre la imagen ciertas fórmulas de conjuro, y veces hubo en que los mismos sacerdotes prestaron su ministerio á tan odiosa supersticion. Cuando se habia cumplido exactamente con todo el ceremonial, se creia que la persona hechizada esperimentaba y padecia todos los daños que se hiciesen á su imagen. Si á esta se sacaba un ojo ó se le quebraba una pierna ó se le atrabesaba el pecho, se creia que el original se ponia cojo ú tuerto, ó que debia morir prontamente. Con semejante proporcion de saborearse secretamente en la venganza, los que abrigaban odios violentos se entretenian en atormentar á sus enemigos, haciendoles morir lentamente y con todos los martirios que podian imaginar, y la estátua punzada y hecha pedazos quedaba casi sin figura. Era no obstante preciso conducir con gran circunspecion y esconder el *voto* de la vista de todos, porque las leyes de aquel tiempo castigaban la intencion de dañar y matar á las personas como si se hu-

biese consumado el crimen, condenando á las llamas á los *votos* y á los que operaban con ellos.

Lo absurdo de semejante práctica lo manifestaba la misma esperiencia, aun prescindiendo de las luces de la razon; pero sin embargo subsistió tanto tiempo, que aun se hechizaba en el reinado de Felipe III y la creencia en su eficacia no decayó hasta el siglo XVIII. Se usaba de ella para satisfacer á las pasiones particulares y hasta las pasiones políticas, y se construyeron *votos* contra reyes y príncipes. Henrique III de Francia fue sobre todos á quien se *hechizó* con mas rabia. Todo celoso partidario de la Liga tenia una efigie de aquel príncipe contra la que no se economizaban las cuchilladas. En el delirio de aquel furor religioso llegaron á ponerse hasta en los altares algunos de dichos votos, y se les daba solemnemente de puñaladas durante los oficios divinos. Los hechizadores fanáticos creian en la eficacia del sortilegio, como se habia creido casi tres siglos antes bajo Luis Hutin, cuando en la causa de Enguerrand de Marigny se citaron acusaciones de hechizo.

"Los *votos*, (de que se acusaba á la mujer y á la "hermana de Enguerrand) estaban hechos de tal suerte, "dicen las crónicas de aquel tiempo, que si hubiesen du-"rado mas, dichos reyes y condes se hubieran ido en-"flaqueciendo y gastando dia por dia hasta secarse y mo-"rir de mala muerte."

Ultimamente bien sabida es entre nosotros la larga historia de los hechizos del último monarca de la dinastia Austriaca D. Cárlos II, historia que á fines del siglo XVII por espacio de muchos años, dió tanto que llorar á la España y que reir á la Europa.

EL PULPO.

El nombre de pulpo, dado por Aristóteles, Plinio y todos los antiguos naturalistas oportunamente á los moluscos gruesos, cuya cabeza está provista de diferentes largos tentatorios que les sirven de pies ó brazos hasta cierto punto, le aplicaron con mucha impropiedad los naturalistas del último siglo á las hidras de agua dulce que le han conservado; de modo que cuando la subdivision metódica de los animales ha hecho nuevos progresos se ha tenido que dar otro nombre á los pólipos de Aristóteles, llamandolos *octopus* por el número de sus pies ó brazos (apéndices tentatorios) que son ocho. Actualmente pues se entiende por el nombre de pulpo un género del órden. De los cephalópodos de Mr. Cuvier, cuyos caracteres son cuerpo mas ó menos globuloso, sin espansion natatoria de capa, ni cuerpo alguno protector dorsal, cabeza muy gruesa, provista al derredor de la boca de cuatro pares de apéndices tentatorios muy considerables guarnecidos de una ó dos hileras de vasi los ventosos.

La figura del pulpo es muy singular. Se puede distinguir en el un cuerpo ó masa abdominal y una cabeza, separados entre sí por una compresion muy marcada. La masa abdominal es generalmente pequeña en comparacion de la cabeza; la capa ó piel que le rodea forma, como en todos los animales de este órden, una especie de bolsa ó saco solo abierto en la mitad inferior de su parte anterior; pero este saco mas ó menos tuberculoso, y constantemente suave y flexible y que no sostiene ninguna pieza sólida, no presenta pliegue alguno que pueda aumentar su dimension y hacer oficio de aleta ó nadadera. Dos grandes ojos, salidos y sin párpados indican la gran fuerza visual del pulpo y completan la estraña figura de una cabeza que recuerda la de Medusa, herizada de horrendas sierpes. Entre la base de los tentatorios se echa de ver como en el fondo de un embudo un orificio redondo abierto en una especie de labio circular por el que salen las dos quijadas en figura de pico de papagayo.

La organizacion interior y esterior de los pulpos manifiesta que sus sensaciones deben ser casi semejantes á las de los animales del mismo órden, pero sus medios de locomocion son diferentes. No nadan efectivamente los pulpos con la celeridad y gracia de ciertos cephalópodos, como los calamares y las xibias; nadan mas bien remolinando de una manera muy irregular, con la cabeza hácia abajo y remando con sus largos apéndices tentatorios; pero en recompesa pueden caminar ó arrastrarse en un fondo duro del agua, y aun en seco en la orilla en las quebraduras de las peñas. Para esto estienden cuanto pueden uno de sus brazos, le afirman en algun objeto sólido, y con este auxilio arrastran lo restante del cuerpo hácia aquel punto.

Pero lo mas comun en el pulpo es valerse de sus largos brazos para asir su presa y trepar ayudado de los vasillos ventosos que los guarnecen. Ademas de la pequeña adherencia debida á la viscosidad que producen estos órganos, cada pezon obra del mismo modo que una ventosa, fijándose sus estremidades y formando un hueco con la contraccion de fibras lonjitudinales de su fondo. Como el número de estas ventosas puede llegar á centenares, se concibe desde luego la tenaz adherencia de los pulpos á un cuerpo, que es á veces tal, que no es posible arrancarlos sino cortandoles los brazos, y aun suelen mantenerse agarrados largo tiempo despues de muertos.

Estos animales son muy carniceros y viven principalmente en las hendiduras de los peñascos, en donde se ponen en emboscada no sacando de su agujero mas que los brazos, de los que usan para alcanzar, coger y llevarse su presa. Sin embargo hay ocasiones en que hacen la guerra con mas nobleza, pues Belon vió á un pulpo luchar por mas de una hora con un cangrejo en el puerto de Corfú. Aristóteles dice que este animal cambia de color cuando quiere, tomando el de los objetos que le rodean para cojer mas facilmente á los peces; lo

que hace, dice, cuando tiene miedo, arrojando al mismo tiempo su tinta.

Esta tinta es en general una sustancia espesa y de un negro muy fuerte que los cephalópodos secretan y reservan en una vejiguilla interior; la arrojan de un golpe para teñir á lo lejos y repentinamente el agua del mar, y en la obscuridad que con esto producen se ocultan y se lanzan contra su presa. Los chinos son los primeros que han sacado partido de este licor para las artes dando con ella á la tinta de china aquel color azulado fuliginoso, cuya aguada es tan hermosa, y sobre todo aquella suavidad con que se desvanecen insensiblemente con el auxilio de un pincel egercitado en la degradacion de tintas.

Parece que los pulpos se alimentan principalmente de crustaceos, y que no solo los destruye, sino que espanta á los que no pueden pillar, obligándolos á abandonar los parages en que vivian, siendo comun la queja de los pescadores por el daño que les ocasionan estos animales voraces. Se alimenta tambien de moluscos de concha, con cuyo motivo habla Plinio de la destreza (que tambien se atribuye á los monos) con que colocan una piedrecilla entre las dos válvulas de las ostras, de que son muy golosos, impidiendo de esta manera el que se cierren para extraer la ostra. Pero á pesar de la autoridad de Plinio puede dudarse de un hecho como el que refiere de la singular porpiedad que tienen los brazos del pulpo de reproducir cuando impelido de la hambre se los roé. La habitacion del pulpo se conoce desde luego por los fragmentos de conchas y de peces cuya carne ha devorado.

No se ha observado completamente el modo con que estos animales se aparean; pero parece que una de sus circunstancias es la firme adherencia de ambos individuos, pues en la costa de Tolon se hace una pesca muy particular de pulpos y de xibias atando á la estremidad de un cordel una hembra que se deja marchar y á la que se adhiere el macho sacando de este modo á los dos. Basta repetir esta operacion para pescar á todos los machos de cierto distrito. Los huevos de la hembra forman una sola masa considerable, mucho mayor que la parte del cuerpo de donde sale: infiriéndose de esto que así como los de otros muchos animales acuáticos que se hinchan estraordinariamente despues de puestos, la hembra los pone comunmente en las quebraduras de las rocas. Aristóteles, que ya habia observado esto, añade que los cobija, es decir, que se pone á veces sobre ellos, y que se mantiene á veces á la entrada del agujero en que los ha puesto colocando sus brazos en disposicion de cubrirlos. Durante todo este tiempo se enflaquece porque no come. Al cabo de cincuenta dias, segun dice el filósofo griego salen del huevo los pulpillos.

Se ignora á punto fijo cuanto viven estos animales. los escritores antiguos dicen que es de corta vida; sin embargo se advierte que su vitalidad es muy fuerte, pues resiste á heridas muy graves, y puede atravesarseles repetidas veces sin que mueran.

Se ignora tambien el tamaño á que llegan fijamente. Las relaciones de algunos viajéros y naturalistas aseguran que hay pulpos de desmesurada grandeza, en términos de parecer una isla cuando suben á flor de agua y ser capaces de echar á pique los mayores buques si se agarran de sus jarcias; pero todo esto no es sino una exageracion de lo que dijeron los antiguos de ciertos pulpos de dimension gigantesca; exageracion que ha producido las maravillas que se cuentan del fabuloso Kraken.

Demis de Monfort, naturalista á quien una imaginacion desarreglada arrastraba frecuentemente, ha exagerado tambien la inteligencia de los pulpos, refiriendo cosas increibles de sus hábitos y costumbres, pintándolos capaces de toda la ternura del amor así como de todos sus furores; arrojados en el combate, valientes y provocadores y tan atrevidos que atacan al hombre mismo cuando este se sumerge en el agua. Aun añade que entrelaza á su enemigo con mil ligaduras de sus largos brazos que le oprime y le ahoga, metiendo despues en el cuerpo de su víctima su terrible pico de buitre y devorándola aun viva. Estos son otros tantos cuentos inadmisibles en una obra seria, á no ser para dar á conocer lo absurdo de ellos. Los pulpos no dejan por eso de ser á veces dañosos, y los individuos grandes de la especie mas comun de ellos, que es la que se representa en el grabado, pueden coger á los nadadores y ahogarlos. Respecto á lo demas, el modo con que estos animales envuelven y ensortigan á un cuerpo con sus ocho brazos prolongados, flexibles, delgados hácia su estremidad, fuertes y que ciñen como lo harian unas serpientes y armados de vasillos ventosos con que se adhieren invenciblemente al objeto de que se apoderan, basta para justificar la especie de horror que esperimenta el hombre que se siente así enlazado en medio de las aguas.

En muchos paises se comen ciertas especies de pulpos, y los antiguos los buscaban con empeño, y aun en el dia hacen mucho consumo de ellos los habitantes de las islas griegas y de las costas del Mediterráneo; pero su carne necesita enternecerse mucho y aun apalearse para quitarla su dureza y ser menos indigesta. Esto es lo que hacen los marineros griegos una hora antes de cocer el pulpo.

El pulpo es comun en todas las partes del mundo, y especialmente en los mares de los paises cálidos; pero el pulpo comun existe hasta en los mares de Groelandia, aunque es allí muy raro.

No concuerdan los autores acerca del número y especies del pulpo ni de sus caracteres distintivos. Los antiguos, y sobre todo Aristóteles contaban cuatro especies á lo menos que Lineo ha confundido bajo una sola denominacion, una de las cuales se dice que puede navegar por la superficie del mar en la concha que le sirve de barco, y con los remos y velas que forman sus brazos simples y palmeados.

SOCIEDADES DE TEMPLANZA.

No hay cosa que mas persuada de los felices resultados á que puede conducir el egercicio del derecho de asociacion, que el efecto que las *Sociedades de templanza* han obtenido en los Estados unidos, con respecto al vicio de la embriaguez. Ya hacia tiempo que llamaba la atencion de los hombres de estado y de los moralistas el arrebato con que las clases inferiores se entregaban á la aficion de los licores en la América del Norte; y uno de los medios de que se valieron para contener tan funesta tendencia fue el de organizar las llamadas *Sociedades de templanza*. Cada uno de los individuos de ellas contrae la obligacion de renunciar absolutamente al uso de licores fuertes, de paralizar en cuanto de él dependa su circulacion, y usar de toda su influencia para atraer nuevos miembros á la sociedad. La primera sociedad de esta clase se formó en el año de 1826 en el Estado de los Massachussets; imitóse tan provechosa institucion en los demas Estados de la Union, y se formaron en todas partes sociedades contra la embriaguez. La imprenta fue el arma de que mas se valieron los asociados para atacar á la enemiga á quien se proponian vencer, y el número de obras que dieron á luz, bastará para probar la fuerza siempre progresiva de las asociaciones y el extraordinario desarrollo que fueron tomando aquellas de año en año. En 1826 y 1827 salieron de las prensas de dichas sociedades 48,610 folletos contra los licores fuertes, en 1828, 512,000; en 1829, 860,000; y en 1830 escedió el número de escritos que publicaron de cuatro millo-

nes. Solo el Estado de Nueva York cuenta hoy mas de ochocientas sociedades de templanza; se castiga la embriaguez con cinco dias de carcel ó 400 rs. de multa, y la asamblea legislativa dió una ley que privaba al acreedor del derecho de demandar en justicia á un deudor el pago de una deuda contrahida por una corta cantidad de licores espirituosos. La embriaguez atacada con tanta decision disminuyó con la mayor rapidez, y las sociedades le quitaron hasta sus partidarios mas celosos, cuales eran los jornaleros, marineros, y soldados; y la poblacion de 400,000 ebrios de profesion que encerraba la América del Norte, quedó reducida extraordinariamente. Los maestros pudieron suprimir en los obradores la distribucion de licores fuertes que la costumbre habia consagrado en cierto modo; los buques ya no llevaban barricas de aguardiente, ni otros licores de provision sino sacos de café, y los licores fuertes no entraron ya como artículo indispensable en la racion de los soldados. Las averiguaciones estadísticas acerca del número de crímenes y delitos cometidos anualmente en los Estados unidos han manifestado evidentemente la feliz influencia moral de esta gran revolucion, que puede considerarse tambien como el orígen de resultados materiales del mayor interés. Como el no haber materias espirituosas á bordo de las embarcaciones minoraba las ocasiones de incendios, y como la sobriedad de los marineros contraidos al uso del café hacia menos temibles los naufragios, las compañías de seguros marítimos han bajado un 5 por 100 en favor de los buques que no llevan licores fuertes á su bordo. El poco favor declarado á las bebidas proscriptas ha dado á los demas ramos de industria casi cuarenta millones de reales, que la poblacion americana pagaba en impuestos á la embriaguez.

Toda Europa fijó su atencion en los resultados conseguidos por las sociedades de templanza. El gobierno inglés y muchos particulares han examinado cual era el estado de la embriaguez en las islas británicas, y este exámen ha manifestado lo urgente que es adoptar el mismo remedio que en América. Una de las casas principales de Londres que en 1833 armó un navío para el comercio de la China, no admitió en el rol de su tripulacion sino á los marineros que préviamente prestaron juramento de templanza. La Suecia y Noruega, aun mas contaminadas que las islas británicas de la embriaguez, han aplicado para curar á su poblacion el medio descubierto en los Estados unidos; y en Stokolmo se han formado sociedades de templanza presididas por el príncipe real, fundando para la propagacion de sus doctrinas un periódico titulado *el heraldo de la templanza*. Este impulso dado por América no ha operado tan solo en los pueblos civilizados de Europa, sino que ha llegado hasta las naciones salvages que habitan en las orillas del rio Chat, el extremo meridional del Africa, habiéndose establecido allí una sociedad de templanza con circunstancias muy particulares. Dominaba furiosamente la embriaguez entre los cafres y los hotentotes, y afligidos de los males que tan fatal pasion causaba en su raza, y noticiosos de los medios que se habian empleado en América para destruirla, resolvieron los principales de entre ellos fundar una sociedad semejante. Convocaron pues en 1832 una asamblea de la nacion, y tomando cada uno la palabra á su vez, refirió las desgracias de que la embriaguez le habia hecho víctima y las acciones culpables que le habia hecho cometer; despues invitaron los oradores á sus hermanos á libertarse de un tirano tan terrible, y á que jurasen solemnemente renunciar al uso del aguardiente. Mas de quinientos individuos entraron inmediatamente en la sociedad, que desde entonces ha progresado asombrosamente, y cuyos esfuerzos han recompensado los resultados mas satisfactorios.

UNA AUDIENCIA DEL BAJA
DE EGIPTO.

Despues de habernos presentado á S. A. se nos sirvió café, pero sin pipas, siendo sir Hudson Lowe uno de los últimos á quienes se ha concedido el honor de tener una en presencia del bajá. El canciller, que estaba cerca de mí me advirtió repetidas veces que no me sentase enteramente en el divan, sino que me pusiese totalmente en el borde, como lo hacian los otros francos "porque cuando sir Hudson Lowe, añadia, vino á visitar á S. A. se sentó de un modo tan respetuoso que apenas tocaba al asiento, como lo notó S. A. despues que hubo salido, añadiendo que no habia visto otro inglés de mayor mérito." Aquella fue la vez primera que supe que el punto de mérito podia estar en el *hueso sacro*; y como yo pensaba en suplantar al ex-gobernador de Santa Elena en el concepto del musulman me senté como todo inglés de distincion pudiera hacerlo en presencia de un soldado turco. La conversacion rodó al principio sobre el sitio de Bhurtpore, y el bajá preguntó si era cierto que los ingleses habian tomado la plaza y pasado á cuchillo la guarnicion. Mr. Salt, nuestro consul contestó que en efecto habia sido tomada, y que como la guarnicion no quiso capitular, habia muerto mucha gente. El bajá se echó á reir: "En verdad que sois muy hábiles los ingleses, añadió: llevais la guerra á la india, asesinais guarniciones, os conducís como se os antoja con vuestros prisioneros, y nadie habla una palabra contra vosotros ni llama la atencion sobre vuestras espadas teñidas en sangre; pero si mis soldados matan algunos giaours en Missolonghi, inmediatamente todos gritan asesinato y todos los cristianos apellidan á mi hijo Ibrahim perro rabioso." Mr. Salt tuvo la cortesanía de decir que nunca habia oido apellidar de aquella manera á Ibrahim, y acotó con mi testimonio, y seguramente que era muy natural que no hubiese yo oido una cosa que el consul de mi nacion no hubiese oido. El bajá, sin embargo, no creyó á ninguno de los dos y siguió hablando por mas de una hora de Bhurtpore y de Missolonghi en el mismo sentido.

Reparé yo al lado del bajá una gaceta francesa, que sin duda acababa de traducírsela uno de sus intérpretes, pues no sabe otro idioma mas que el turco, ni aun el árabe, y hace muy poco tiempo que ha aprendido á escribir su nombre. En dicha gaceta debia hablarse del papa, porque habiendo pedido Mr. Salt una audiencia particular al bajá cuando acabábamos nosotros de salir, en vez de atender el bajá al negocio de que le hablaba empezó á hacerle preguntas acerca de S. S. diciéndole: "Con que es cierto que se le besa el dedo pulgar del pie? Si alguna vez fuese yo á Roma ¿Se me obligaria tambien á besar el pulgar? Mr. Salt le aseguró que podia ir cuando gustase sin temor de que se le obligase á tal ceremonial; añadiendo que los ingleses tenian tambien su mufti, ó á lo menos un gefe de su iglesia á quien nunca se besaba los pies." Se muy bien, prosiguió Mehemet-Alí que vosotros no dependeis del mufti de Roma; pero ¿no teneis en alguna parte fuera de Londres una mitad de vuestra nacion que depende de él?—No por cierto, respondió Mr. Salt, y receló que los francos que estan aqui no engañen á V. A. en lo que le cuentan de Inglaterra.—Pero ¿no teneis, repuso el bajá, algunos de vuestros rayas que son de diferente creencia que la vuestra? ¿no los tratais como esclavos? ¿no se han revuelto, y los habeis castigado con la espada? El Sultan no se metió en esto: eran sin embargo vuestros rayas y los habeis tratado como quisisteis, y jamás se os ha tomado cuenta de haber pisado á estos perros de giaour. Decidme ahora ¿con que derecho enviais dinero y armas á nuestros rayas, para que se rebelen contra su señor? ¿porque pedis al Sultan su emancipacion?" Semejantes preguntas no dejaban de-

embarazar á Mr. Salt, que me aseguró que se habia visto y deseado para contestar á ellas. En vez de procurar escusar el proceder de la Inglaterra, hubo de estenderse sobre el desinteres de nuestra política y la tolerancia de nuestras leyes. El bajá le habia escuchado con mucha calma y gravedad como si creyese cuanto le decia, porque los turcos son muy corteses en una discusion, y prefieren el aparentar que están convencidos, al cansancio de esponer otra vez los motivos porque disienten.

Mehemet-Alí puede tener sesenta y tres á sesenta y cuatro años: es un anciano de buena presencia y de robusta salud, y sus ojos vivos y penetrantes realzan un poco la espresion vulgar de su fisonomía.

(*Madden 's Travels*).

EL PESCADOR.

La noche tendió su manto;
todo es quietud y silencio,
que entre el sueño y el reposo
mudo quedó el Universo.

La blanca luna brillando
en el alto firmamento,
su lívida faz retrata
en los mares eritréos.

Por ellos, triste y sin guia
navega el mísero Anselmo;
mansas las olas besando
una tras otra su leño.
Céfiro blando, amoroso
mueve sus velas lijero,
su pálida frente halaga,
y le da vida y aliento.
El en tanto suspirando,
la mano puesta en el remo,
el corazon en su amada,
y los ojos en el cielo,
dice en sus tiernas canciones
de su amor y playa lejos:

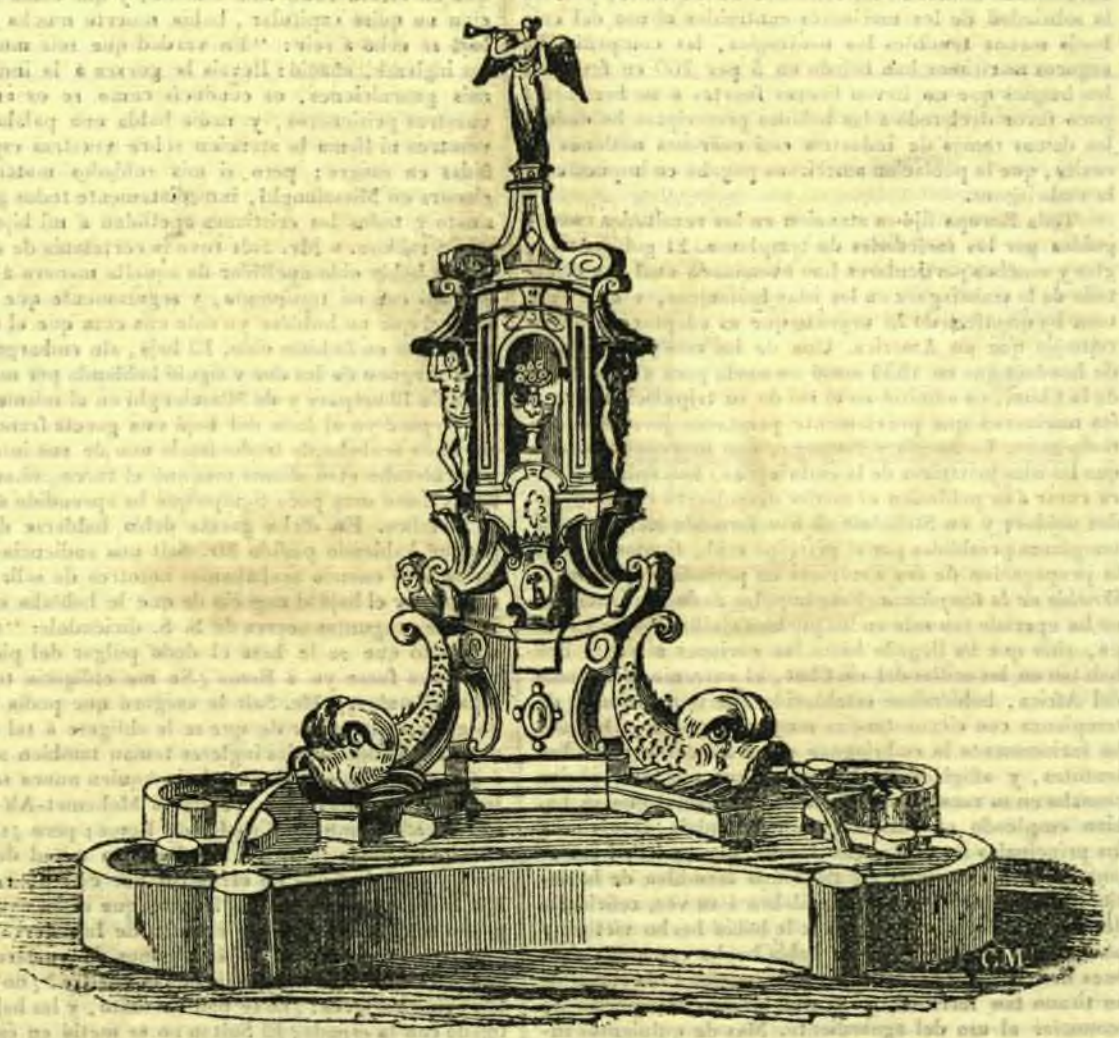
«Mas que mi red á los peces
me tiene el amor ya preso:
Por los ojos de mi Laura
siempre suspiro y padezco;
ojos mas bellos que el dia
y mas que las sombras negros.
Huye, ó noche, presurosa;
colma, dia, mis deseos;
hincha las velas, ó brisa,
y á la playa llegue luego.

Allí veré con la aurora
mi señora, mi embeleso,
seguro faro á mis ansias,
y de mi amor firme puerto.

Llega, Laura,
á la ribera;
placentera
alrázeme:
Llega, imagen
de consuelo,
y este anhelo
estinguiré.
Ven, estrella
de mi vida,
ven, querida
Laura, ven;
Laura mia,
mas hermosa
que la rosa
del Edén.»

Así dijo, y rauda entonces
vuela el esquife al momento;
Amor sin duda lo lleva,
que Amor es buen marinero.

Martinez del Romero.



Fuente de la Plazuela de Aaton Martin. (Véase el artículo primero)

MADRID: IMPRENTA DE D. T. JORDAN, EDITOR.